

das y groseras, más que por la natural perversión humana, por la influencia funestísima que en aquella sociedad ejerció el pueblo judío, natural enemigo de toda sociedad cristiana. De intento hemos reservado tratar la cuestión judía como complemento de lo dicho hasta aquí, por estar íntimamente relacionada con los tres interesantísimos puntos tocados en este capítulo, y vamos á hacerlo con gran amplitud de miras.

d) LOS JUDÍOS

XVIII

Los reyes de la época: población judía

Y en verdad que valor poco menos que heroico se necesita hoy para hablar de esta raza maldita por Jesucristo. Porque los descendientes de Israel, no sólo son en el día los dueños del mundo, los grandes banqueros de la humanidad, con los cuales deben contar los modernos déspotas de la cosa pública para que el naufragio de la Hacienda de los principales Estados no sea estrepitoso ni violento, aunque sí seguro, sino que además, y sobre todo, son poderosísimos imanes que atraen, con la misma energía que las grandes masas á los cuerpos que circulan por los espacios sometidos á su influencia, las conciencias serviles de los que, llevando en su frente el signo augusto de la Redención, no tienen reparo alguno en vender su primogenitura por un plato de lentejas... de oro.

Porque semejante influencia se ejerce lo mismo sobre el Estado que sobre el individuo; sobre la agricultura, la industria y el comercio, que sobre la inteligencia y el corazón; sobre la banca, que sobre la prensa. Uno de los fenómenos sin

duda alguna más sorprendentes y funestos de la época actual, es la especie de soberanía despótica que sobre la sociedad cristiana ejerce el Judaísmo. No hay actividad humana que en muchos Estados no se halle monopolizada por esa familia audaz, que lleva en la masa de su sangre un odio inextinguible contra el Cristianismo. Sus individuos constituyen, por medio de la *A sociación Israelita Universal*, una inmensa red de mallas finísimas, pero férreas, tendida por toda la superficie del globo, entre cuyos lazos gimen angustiados los espíritus cristianos, como tímidas gacelas entre las garras de famélicos leones; red que abarca toda la escala social, desde esos orgullosos potentados, reyes del dinero, que en las grandes capitales europeas insultan con su lujo babilónico la dignidad del pueblo de Jesús, poniendo á prueba su paciencia, hasta esos hambrientos parias que se arrastran á los pies del déspota africano, revolcándose en la miseria. Las empresas más grandiosas, por útiles que sean á la humanidad, fracasan ante su insidiosa oposición. ¡Cuántos pueden decirlo! Los capitales multiplicanse en sus manos por modo maravilloso. Ellos marcan la dirección del periodismo más pujante, influyen poderosamente en la gobernación de los pueblos, mancillan los salones más aristocráticos de la sociedad cristiana, adornan sus oscuros nombres con timbres de nobleza, ostentando en su frente coronas, de las cuales arrancan la cruz,

el blasón máspreciado de los cristianos caballeros, y hasta precipitan las guerras internacionales para debilitar al enemigo común, lanzarse como aves de rapiña sobre los campos de batalla, y enriquecerse con los despojos de los muertos. Y el pueblo cristiano, noble, confiado y generoso, que siente sobre su cuello la opresión de esa tiránica coyunda que lo reduce á la impotencia más infame, mira con tranquilidad esa plaga devastadora, llaga ulcerosa que corroe sus entrañas, y pasa de largo, indiferente al peligro, sin conocerlo, ó cuando más, débil para conjurarlo.

Según los cálculos más recientes, la población judía del mundo puede calcularse en siete millones de individuos, de los cuales cinco y medio corresponden á Europa. Por cada mil individuos de la raza latina se cuenta un judío; diecinueve por mil entre los pueblos de raza germánica, y cuarenta por mil en los Eslavos. Rusia tiene dos millones setecientos mil; Austria-Hungría un millón quinientos mil; Alemania seiscientos cincuenta mil; Rumania cuatrocientos mil; Turquía cien mil; Holanda setenta mil; Francia cincuenta mil; Inglaterra setenta mil; Italia cuarenta mil; Suiza siete mil; España seis mil; Grecia cinco mil; Servia cuatro mil quinientos, y Portugal mil. En África hay quinientos mil; doscientos cuarenta mil en Asia; en los Estados-Unidos trescientos mil; ocho mil en el resto de América, y

unos veinte mil en las islas de Oceanía y Australia. (Véase la *Geografía* del Sr. Sánchez Casado, laboriosísimo escritor y ferviente católico).

XIX

Caracteres del pueblo judío

Dos son las notas características de la raza judía: la usura y el odio al Cristianismo. Y difícilmente podría hacerse de ambas condiciones síntesis más perfecta que la que ofrece Shakspeare en su *Mercader de Venecia*. El retrato del judío Sylock es de mano maestra. «Tiene aire de publicano—dice el israelita del generoso Antonio.—Le aborrezco porque es cristiano, y además por el necio alarde que hace de prestar dinero sin interés, con lo cual está arruinando la usura en Venecia.» Del mismo sentir que el gran trágico inglés son todos los principales escritores cristianos antiguos y modernos. Walter Scott en su *Ivanhoe*, Julio Verne en su *Hector Servadac*, y por fin, hasta los popularísimos é inimitables Erckmann-Chatrián, no obstante su destemplado jacobinismo y su golpe teatral y sospechoso de *El Amigo Fritz*, nos han legado modelos acabados de la pérfida avaricia y rencor judíos.

Y en efecto, ya Jesucristo, el mansísimo Cordero, los arrojó del templo á latigazos, porque aquellos sepulcros blanqueados habían convertido la casa del Señor en cueva de ladrones. Y

no parece sino que el Divino Salvador quería enseñar á la posteridad la manera como deben ser tratados esos fariseos, acostumbrados á comerciar con la sangre del prójimo.

«Nadie ignora, dice el P. Heurelmans, que »sobre el pueblo judío, por haber rechazado á »Jesucristo y entregádolo á los gentiles, recayó »la maldición divina: la sangre derramada por la »redención del mundo cayó sobre Israel como »una maldición.—El judío continúa siendo lo que »era. Nunca se ha confundido con otros pueblos; »conserva su culto, su lengua, sus costumbres y »su carácter propio: la nación judaica continúa »existiendo, pero en el destierro, como en otro »tiempo en Babilonia.» Esto es, que en todas épocas y países la familia judía ha sido la personificación del más vil, bastardo y despótico interés; que sus inveterados hábitos de desplumar al prójimo, á pesar de los terribles escarmientos que ha sufrido, lejos de haber disminuido, van en auge todavía; y que el campo preferente de su actividad ha sido siempre la sociedad cristiana, á la cual se complace en emponzoñar y pervertir, para saciar sus diabólicos rencores.

XX

Rápida hojeada histórica sobre los judíos

ARROJADOS de su país natal por el emperador Adriano, despues de la sublevación de Barchochebas, *el hijo de la estrella*, falso Mesías que llegó á embaucar á los que habían desconocido á Jesucristo, se desparramaron, ahogado en la sangre de medio millón de ilusos aquel fanático alzamiento, por todos los países entonces conocidos, aliándose en todas partes con los perseguidores del naciente Cristianismo, y persiguiendo ellos mismos, cuando las circunstancias se lo permitían. Dedicáronse al tráfico más infame, corrompiendo toda sociedad cristiana, sembrando la zizaña en el hermoso jardín regado con la sangre de los Mártires, dispuestos siempre á corromper y encenagar el ambiente purísimo que las virtudes cristianas, cual flores de aroma celestial, embalsamaban con su ambiente delicado, y á destruir y aniquilar lo que había sobrevivido á la espantosa desolación llevada á cabo por las hordas que inundaban las selvas de Germania.

Ellos provocaron las primeras persecuciones contra los Apóstoles, haciendo morir á Santiago y otras víctimas ilustres, como habían hecho pecer al Justo, y atizaron en multiplicadas ocasio-

nes el odio del Imperio contra los cristianos, hasta el punto de que éstos temían más la salvaje y feroz inquina judía, que los tormentos que les hacían sufrir los hijos de Rómulo. Contra ellos dirigieron principalmente Tertuliano, Hipólito, Justino y Orígenes sus admirables apologías. «Los primeros, dice el último, que nos han acusado, por una pérfida interpretación de nuestro rito eucarístico, de inmolar á un niño para comer su carne, y de realizar durante la noche obras infames, han sido los Judíos.» ¿Con cuánta alegría y satisfacción no saludaron el advenimiento de Juliano el Apóstata? ¿Quién ignora la manera inhumana como supieron aprovecharse de la insidiosa tolerancia de aquel Príncipe para perseguir á los cristianos y quemar sus iglesias, como las de Alejandría y Damasco, entre otras, secundando y fomentando el odio *filosófico*, pero mortal y feroz, que abrigaba contra los discípulos de Jesús el alma rencorosa del Emperador, á quien los Hebreos consideraban como el restaurador de su nacionalidad?

¿Cuántas persecuciones no provocaron en Oriente, donde les habían precedido los Apóstoles haciendo notabilísimos y consoladores progresos? ¡Ah! los Judíos tienen la culpa de que el Cristianismo no impere en Asia con el mismo esplendor que en Occidente. No sólo interrumpieron el magnífico despertar de aquellos gentiles á la Fe, sino que volvieron á sepultar en las

tinieblas de la muerte las florecientes iglesias ya fundadas. La sangre de innumerables mártires enrojeció el suelo persa durante el reinado del feroz Sapor II (310-380) excitado por los Judíos; algunos de sus sucesores continuaron la persecución. En Arabia el bárbaro Dhu-Nowaz, judío converso, provocó otra persecución, de la cual dice él mismo en comunicación á Mundhir III: «La princesa Ruma, después de haber desfallecido en la fe, presentóse de nuevo con su hija, y confesó á Jesucristo; la hice tender en tierra, y después de haber decapitado á la hija y vertido su sangre en la boca misma de la madre, mandé en seguida ejecutar á ésta... Me creo en el deber de inducirte á no tolerar ningún cristiano si no quieres ver triunfar su religión.» ¿No los vemos más tarde hacer causa común con Mahoma, y secundar con extraordinaria energía sus proyectos? ¿Cual fué el enemigo más insidioso y solapado de las Cruzadas? ¿Quién, sino los Judíos, indujo al califa Hakem á decretar la terrible persecución de 1011 contra los cristianos, en la cual fueron destruidas treinta mil iglesias, en los diez años que duró, y asesinados millares de mártires?

En los países occidentales católicos la cuestión judía tomó otro aspecto: no podían los Hebreos perseguir á mano armada, ni excitar persecuciones, después que la Iglesia hubo alcanzado la preponderancia que de derecho le corresponde en la sociedad; mas no por eso su influencia fué menos

dañina, pues se dedicaron con esa energía secular, característica y hasta extraña á la raza humana á corromper la gran familia cristiana, y esquilmarla en provecho de tan solapados tiranos, que llegaron á ganarse la confianza de monarcas como Carlomagno y su hijo Ludovico. Felipe Augusto, si bien los arrojó de Francia, no pudiendo resistir el clamor popular por los crímenes cometidos, fué el primer rey francés que, quince años después de la expulsión, los autorizó á vivir en sus Estados, gobernándose por sus propias leyes. Mas sus sucesores, especialmente san Luís, restringieron considerablemente tan exorbitantes privilegios. Casi de los mismos derechos gozaron en Alemania y otros países cristianos, si bien en el Imperio sufrieron muchas veces cruelísimas persecuciones de parte del pueblo y de los Cruzados, que los conocían muy bien, especialmente de los que andaban en bandas sueltas, como las acaudilladas por Goteschalk, *falso servidor de Dios*, y Emichón, *tristemente célebre por su tiranía*; pues los verdaderos cruzados no se ensañaron jamás contra ellos, por saber que no era aquella su misión.

Mas las persecuciones que sufrieron ¿no reconocían una causa fundada? Entregados por completo á la usura, hasta el extremo de que Jaime *el Conquistador* se viera obligado á concederles la facultad de prestar al veinte por ciento, Alfonso *el Sabio* al veinticinco y Luís de Baviera al cua-

renta, todo el numerario estaba en sus manos. En los Países-Bajos, especialmente en Bélgica, no lograron implantar su tiránica dominación, por el gran cuidado que tuvieron los comerciantes en excluir de sus privilegios á toda suerte de judíos; pero, por sorpresa, lograron alguna vez introducir su planta en tan ricos Estados, como lo prueba el aviso dado en 1672 por el Obispo de Amberes, Juan Fernando van Beughen, al conde de Monterey. ¿Quién no está enterado del ruidoso proceso promovido por el judío Cerfbeer contra la ciudad de Estrasburgo, *sitiada*, como dice con toda propiedad el abate Lémann, por el soberbio hebreo?

Especialmente en España, considerados desde este punto de vista, alcanzaron un poder extraordinario. Dedicados á la industria y al comercio, mientras nuestros padres derramaban su sangre generosa en los campos de batalla para arrojar de nuestro suelo la lepra musulmana, ellos, que por la mancomunidad de ideas é intereses con los Arabes, tenían siempre segura una retirada en los dominios mahometanos, no obstante el profundo desprecio que sentían por ellos los sectarios del Profeta, eran tesoreros de nuestros monarcas, administradores de rentas públicas, recaudadores de impuestos, acreedores de la nobleza y señores del pueblo. A sus arcas afluía, y allí quedaba sepultado todo el oro de Castilla, y Aragón; ejercían los cargos más lucrativos; intro-

ducíanse en las mansiones reales, como médicos, consejeros y hasta favoritos de los reyes, teniendo en sus manos la vida de nuestros monarcas, y á veces su conciencia. Ciudades enteras les pertenecían; y cuando Alfonso VIII conquistó á Toledo, tuvo que celebrar capitulación con los judíos, verdaderos señores de la plaza. Pesaban sobre los pueblos como nubes de langostas: tenían jueces propios, regíanse por sus leyes, y podían celebrar libremente las ceremonias de su culto, si bien con algunas restricciones; en una palabra, constituían «un Estado dentro de la Monarquía,» como hubiera dicho Sully ó Richelieu. Y lo que era peor, aprovechábanse de esta libertad para socavar la fe de nuestros mayores é introducir la discordia en nuestra sociedad, pues muchísimas familias de la más alta nobleza sentían circular por sus venas sangre judía. «Mucha parte de »los pueblos, dice Zurita en sus celebérrimos »*Anales*, se iba con la comunicación de los Judíos »y Moros pervirtiendo y contaminando; de donde »resultó mucho estrago, generalmente por la comunicación de los nuevamente convertidos, siguiendo sectas muy reprobadas y judaizando »algunos públicamente, sin respeto á las censuras »y castigos de la Iglesia.» Y el Cura de los Palacios, Bernáldez, afirma que «en los primeros años »del reinado de los muy católicos y cristianísimos »reyes D. Fernando y D.^a Isabel, su mujer, estaba »tan empinada la herejía, que los letrados esta-

»ban á punto de predicar la ley de Moisés, y los »simples no podían encubrir ser judíos.»

En distintas ocasiones los Papas, por otra parte los únicos verdaderos y generosos protectores de los Judíos, por espíritu evangélico, habían amonestado á nuestros reyes por su excesiva condescendencia ó confianza en los Judíos. Citaremos, entre otros, á san Gregorio VII y Honorio III. Gregorio IX recuerda á san Fernando las prescripciones del Concilio de Letrán de 1215 sobre los Hebreos, y Eugenio IV lanza sobre los de Castilla y León una bula en que los excluye de todo empleo y cargo público, cuando la usura los haga peligrosos al Estado (1442).

XXI

Crímenes de la raza judía

HEMOS dicho que otra de las notas características que distingue á la raza judía, y que le ha producido innumerables conflictos, es su odio vivo, infernal, inextinguible al Cristianismo. Los crímenes, bien probados por cierto, que se le atribuyen, formarían, como dice el autor de *La Cuestión Judía*, un libro entero. San León *el Grande* afirma que en Alemania era una creencia popular que los Judíos martirizaban, en determinadas ocasiones, á desgraciados inocentes. El primer crimen de esta clase que se cita es el cometido en Imm, entre Antioquía y Alepo, hacia el año 410, con un niño cristiano, que sucumbió á los atroces tormentos á que lo sujetaron sus verdugos. El mencionado autor trae una larga lista por orden cronológico de crímenes horripilantes, cuyo número llega á cuarenta y ocho, citando las obras y procesos de donde los ha sacado. Relata después el crimen de Diessenhove en Suiza (1401) y el de Trento de 1475, cuyos procesos demostraron que los Judíos celebraban sus festividades bebiendo sangre de cristianos, especialmente de niños, á quienes primero crucificaban: hechos probados por confesión

de los mismos Judíos: *La Civiltà Cattolica* ha publicado en parte piezas auténticas de semejantes procesos.

Por el mismo estilo cometieron muchos delitos en España. «En el año de 1452 crucificaron »en Valladolid á un niño, y le traspasaron el »cuerpo con puntas y agujas de acero. Dos años »después robaron los Judíos otro niño cristiano »de un lugar cercano de Zamora, y habiéndole »quitado cruelmente la vida, sacáronle el corazón, y lo quemaron, y diéronle en polvo á beber á otros varios judíos, para saciar su encono. En el año de 1468, en Sepúlveda cogieron »otro niño en el Jueves Santo, y el Viernes »produjeron en él la muerte del Señor. Estos »crímenes eran ya antiguos, como lo prueba el »cometido con santo Dominguito del Val, inmolado en Zaragoza, en 1250, por el judío »Alassé Albayluz. Médico judío hubo que confesó haber dado muerte á más de 300 cristianos »con veneno, en el ejercicio de su profesión. Sabido es también que hacia 1478, cierto caballero del linaje de los Guzmanes, oculto en una »casa por un devaneo juvenil, vió que el Jueves »Santo se reunieron en ella varios judíos y judaizantes con el principal objeto de blasfemar »contra el Salvador y la Religión cristiana, y »esto fué el acto que determinó á los Reyes á »acceder á las muchas súplicas que se les habían »hecho para plantear la Inquisición.» A estos

crímenes, citados por el Rdo. P. Cappa, diligente y erudito historiador y concienzudo crítico de nuestra dominación en América, en su hermosa obra la *Inquisición Española*, podríamos añadir otros muchos, pues que por desgracia fueron innumerables los cometidos en nuestra Patria por aquella desalmada raza, hasta el punto de que el pueblo español, tan práctico en sus resoluciones, no pudiendo soportar tanta infamia, opresión y tiranía, se alzara repetidas veces contra tan atroces facinerosos y lavara con su sangre sus tremendas culpas.

Arrojados de España, por edicto de los Reyes Católicos de 31 de Marzo de 1492, fueron á corromper otras sociedades cristianas, derramándose por Africa, Grecia, Turquía, Portugal, Inglaterra, etc.; conservando tal *amor* á España, que para ellos había sido una nueva tierra de promisión, que «aun hoy día, dice un escritor inglés, recitan algunas de sus oraciones en lengua española en algunas sinagogas de Londres, »y todavía los judíos modernos recuerdan con »vivo interés á España, como tierra querida de »sus padres, é ilustrada con los más gloriosos recuerdos.»

XXII

La Iglesia, única protectora del pueblo judío

CRÍMENES semejantes indican tal ferocidad de sentimientos, que nos resistiríamos á creerlos, si las pruebas no saltaran á la vista. Mas si alguno pusiera en duda la autenticidad de los procesos, y las declaraciones de los mismos criminales, y la autoridad de personas eminentes por su virtud y ciencia, é incapaces de mentir, y la desconsoladora unanimidad de opiniones, y el testimonio popular de tan diferentes épocas y países, que ha llegado á traducirse en refranes, como *tener sangre judía, ¡judío!*, y otros por el estilo, le indicaríamos una, que por cierto no recusarán los más escépticos. ¿Cómo se explican esos terribles alzamientos populares contra los judíos, desde su expulsión de Tierra Santa? ¿Por qué no se han captado siquiera el respeto, ni mucho menos la estimación de ninguna sociedad católica, cristiana, protestante, mahometana, ó gentil? ¿A qué obedece ese sentimiento instintivo de repulsión que sienten por ellos las sociedades modernas, especialmente europeas, tanto neo-latinas, como germanas y eslavas, no obstante el espíritu liberal de que están saturadas? ¿Es fanatismo acaso? Pero ¿cómo se explicaría